

APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO
No. 12

SAN JOSE DE COSTA RICA
10 SETIEMBRE DE 1944

LOS ALAMOS DE PLATA

Los álamos de plata
Se inclinan sobre el agua
Ellos todo lo saben pero nunca ha-
[blarán,
El lirio de la fuente
No grita su tristeza
¡Todo es más digno que la humanidad!

La ciencia del silencio frente al
[cielo estrellado,
La poseen la flor y el insecto no más.
La ciencia de los cantos por los
[cantos la tienen
Los bosques rumorosos
Y las aguas del mar,

El silencio profundo de la vida en
[la tierra,
Nos lo enseña la rosa
Abierta en el rosal.

¡Hay que dar el perfume
Que encierran nuestras almas!
Hay que ser todo cantos,
Todo luz y bondad.



¡Hay que abrirse del todo
 Frente a la noche negra,
 Para que nos llenemos de rocío in-
 [mortall

¡Hay que acostar al cuerpo
 Dentro del alma inquieta!
 Hay que cegar los ojos con luz de
 [más allá,
 A la sombra del pecho,
 Y arrancar las estrellas que nos pu-
 [so Satán.

¡Hay que ser como el árbol
 Que siempre está rezando,
 Como el agua del cauce
 Fija en la eternidad!

¡Hay que arañarse el alma con garras
 [de tristeza
 Para que entren las llamas
 Del horizonte astral!

Brotaría en la sombra del amor car-
 [comido.
 Una fuente de aurora
 Tranquila y maternal.
 Desaparecerían ciudades en el viento
 Y a Dios en una nube
 Veríamos pasar.

Federico Garcia Lorca
 a la edad de 20 años.

Trozos de la obra:

EL MUNDO DE AYER

de STEFAN SWEIG

(Selección de e. j. r.)

(Ver cuadernos 9, 10 y 11)

CAPITULO IX

No servía de nada, pues, el retirarse. La atmósfera continuaba opresiva. Y por eso mismo comprendí que una actitud meramente pasiva y negarse a participar de esas injurias rabiosas contra el enemigo, no era suficiente. Al fin y al cabo, uno era escritor, dueño de la palabra y, por consiguiente, estaba en el deber de expresar su convicción, hasta donde fuera posible en una época de censura. Procuré hacerlo. Escribí un artículo titulado "A mis amigos en tierra enemiga", donde discrepando brusca y directamente con las fanfarrias del odio de los demás, expresaba la confesión de que guardaría fidelidad a todos los amigos del extranjero, aunque momentáneamente resultase imposible establecer ningún contacto, para en la primera oportunidad volver a colaborar con ellos en la tarea común de la reconstrucción de una cultura europea. Remití ese trabajo

al diario más leído de Alemania. Con gran sorpresa mía, el *Bertiner Tageblatt* no titubeó en publicarlo sin mutilación. Una sola frase—"a quienquiera que corresponda el triunfo"—cayó víctima de la censura, porque en ese entonces no se toleraba ni aun la más remota duda de que Alemania saldría naturalmente victoriosa de la guerra mundial. Pero aun con esa limitación, el artículo me valió varias cartas indignadas de algunos superpatriotas que manifestaron no poder comprender que en una hora semejante se pudiera tener todavía algo en común con "esos bribones". Lo cual, por cierto no me hería mayormente. En toda mi vida no he tenido nunca la intención de convertir a otras personas a mis convicciones. Me bastaba exponerlas y, sobre todo, poder manifestarlas paladinamente.

Quince días después, cuando ya había olvidado aquella nota, encontré una carta con estampilla suiza y con el sello de la censura; reconocí los trazos familiares de la mano de Romain Rolland. Debía de haber leído el artículo, pues me escribía: "*Non, je ne quitterai jamais mes amis*". Comprendí en seguida que esas pocas líneas significaban un ensayo para averiguar si sería posible, durante la guerra, ponerse en contacto epistolar con un amigo austriaco. Contesté inmediatamente. Desde entonces nos escribimos con regularidad, y ese intercambio de cartas se prolongó después por espacio de más de

veinticinco años, hasta que la segunda guerra mundial — más brutal aún que la primera — interrumpió toda comunicación entre unos y otros países.

Aquella carta constituyó uno de los grandes momentos de felicidad en mi vida: salía como una paloma blanca del arca de la animalidad que vociferaba, pateaba y se conducía frenéticamente. Dejé de sentirme solitario. Me sentí robustecido por la superior fortaleza de ánimo de Rolland. Porque supe, a través de las fronteras, cuán maravillosamente Rolland había confirmado su humanidad. Había encontrado el único camino certero que en tales tiempos corresponde emprender a un autor: no participar de la destrucción, del asesinato, sino — conforme al ejemplo magnífico de Walt Whitman, que durante la guerra de secesión había prestado servicios de enfermero — cooperar en obras de ayuda y de humanidad. Radicado en Suiza y libre de todo servicio militar en atención a su precario estado de salud, se había puesto inmediatamente a disposición de la Cruz Roja de Ginebra, donde se hallaba al estallar la guerra, y allí, en habitaciones repletas de archivos, trabajaba día tras día en la obra magnífica a la que más tarde procuré rendir público homenaje en un ensayo: "El corazón de Europa". Después de las batallas mortíferas de las primeras semanas, quedaron rotas todas las comunicaciones. En ningún país sabían los parientes si su hijo, su padre, su herma-

no, había caído muerto o si sólo había desaparecido o se hallaba prisionero, y no sabían tampoco a quién preguntar, pues no podían esperar una información de parte del "enemigo". Entonces la Cruz Roja se encargó de la misión de liberar a los hombres, en medio del espanto y de la crueldad, siquiera de una parte del sufrimiento, la más atroz: la martirizante incertidumbre acerca del destino de los seres queridos, dirigiendo la correspondencia de los prisioneros desde los países enemigos a las respectivas patrias. La organización, preparada desde hacía décadas, no estaba, por cierto, dispuesta para afrontar tales dimensiones y semejantes cantidades, que alcanzaban fácilmente a millones. Día a día, de hora en hora, hubo que aumentar el número de auxiliares voluntarios, pues cada hora de espera atormentada significaba para los parientes una eternidad. A fines de diciembre de 1914 eran ya treinta mil las cartas a las que cada día daba curso; y al final, en el estrecho Museo Rath de Ginebra, se apretujaban mil doscientas personas para dar abasto a la labor abrumadora y poder contestar toda la correspondencia diaria. Y en medio de ellas, en vez de dedicarse egoístamente a su propia obra, trabajaba el más humano de los escritores: Romain Rolland.

Pero no había olvidado tampoco su deber particular, el deber del artista de manifestar su convenci-

miento aunque sea contra la oposición de su país y hasta contra la indignación de todo el mundo beligerante. En el mismo otoño de 1914, cuando la mayoría de los escritores gritaban a cual más fuerte su odio, vociferaban y se ladraban unos a otros, él había escrito su memorable profesión de fe: *Au-dessus de la mêlée*, donde combatía el encono espiritual entre las naciones y exigía del artista justicia y humanidad aun en medio de la guerra. Fué un artículo que como ningún otro de aquella época, promovió las más encontradas opiniones y dejó tras de sí una estela de literatura adversa y en contra.

Porque eso diferenciaba la primera guerra mundial de un modo bienhechor, de la segunda: el verbo aún tenía poder en aquel entonces. Todavía no lo había asfixiado la *mentira organizada*: la "propaganda"; todavía los hombres atendían a la palabra escrita, y la esperaban. Mientras que en año 1939 ninguna manifestación de un escritor, ni en favor del bien ni en favor del mal, provocaba el mínimo efecto, mientras que hoy mismo ningún libro, ningún panfleto, ningún artículo, ninguna poesía emociona íntimamente a las masas y menos aún influye sobre su pensamiento, en 1914, un poema de catorce líneas, como aquel "canto de odio" de Lissauer, o una declaración como aquella tan necia de los "93 intelectuales alemanes", llegaban a constituir un acontecimiento y, por otra parte también, un artículo de

ocho páginas como ese *Au-dessus de la mêlée* de Rolland, o una novela como *El fuego*, de Barbusse. Es que la conciencia moral del mundo no estaba agotada en exceso, como hoy; reaccionaba con vehemencia a toda mentira manifiesta, a toda lesión del derecho internacional y de la humanidad, con toda la fuerza de una convicción secular. El fusilamiento de la enfermera Cavell, el torpedeamiento del "Lusitania", resultaron, gracias al estallido de una indignación ética universal, más fatales para Alemania que una batalla perdida. Para el poeta, para el escritor, no era en absoluto una empresa horra de perspectiva la de hablar en aquel tiempo en que los oídos y las almas no estaban aturridos por el ininterrumpido gangoseo de la radio. Al contrario: la manifestación espontánea de un escritor de prestigio calificado, ejercía mil veces más influencia que todos los discursos oficiales de los hombres de Estado, de quienes se sabía que estaban táctica y políticamente ajustados a las necesidades de la hora y contenían en el mejor de los casos la mitad de la verdad. Aun en ese sentido de la confianza en el escritor como en el mejor garante de un modo de pensar puro, aquella generación —tan desencantada más tarde— conservaba intacta su fe.

Quienquiera que hoy relea las ocho páginas de ese famoso alegato titulado *Au-dessus de la mêlée*, probablemente no comprenderá ya su efecto inmen-

so; todo cuanto Rolland postula en ellas significa, leyéndolo con los sentidos desapasionados, claros, nada más que lo más natural. Pero esas palabras fueron pronunciadas en un tiempo de delirio espiritual de masas, que hoy apenas puede reconstruirse. Cuando se publicó aquel artículo, los ultrapatriotas franceses rugieron como si por error se hubiera puesto en sus manos un hierro candente. De la noche a la mañana, sus más viejos amigos se volvieron contra Rolland; los librereros ya no se atrevían a exhibir su *Juan Cristóbal* en los escaparates; las autoridades militares, que necesitaban del odio para estimular a los soldados, consideraron la posibilidad de tomar medidas contra él; apareció un folleto tras otro con esta argumentación: "*Ce qu' on donne pendant la guerre à l' humanité est volé à la patrie*". Pero, como siempre, el alarido probó que el golpe había dado certeramente en el blanco. Ya no era posible detener la discusión sobre la actitud del hombre espiritual en la guerra, y el problema quedó planteado de modo inevitable para cada uno individualmente.

* * *

La generación de la postguerra se emancipó de golpe, brutalmente, de todo lo que tenía validez hasta entonces, y dió la espalda a todo lo que era tradición, resuelta a tomar su destino en sus pro-

pías manos, apartarlo de todo sendero antiguo para lanzarlo impetuosamente al futuro. Debía comenzar con ella un mundo absolutamente nuevo, un orden completamente distinto en todos los aspectos de la vida; y todo comenzó, desde luego, con exageración desenfrenada. Al, o a lo que no era de la misma edad, se le consideraba como caduco. En vez de viajar como antes, con sus padres, los muchachitos de once y doce años atravesaban el país en grupos organizados —los llamados “aves de paso”—, sexualmente instruidos con esmero, llegando hasta Italia y el Mar del Norte. En las escuelas se instituyeron, fieles al ejemplo ruso, soviets de alumnos, que vigilaban a los profesores; y se barrieron los programas de estudio, ya que los niños querían aprender solamente lo que era de su agrado. Por el mero placer de la sublevación, la gente se sublevaba contra toda forma válida, aun contra la voluntad de la naturaleza, contra la eterna polaridad de los sexos. Las muchachas se hicieron cortar el cabello, a tal punto que con sus “melenas a la *garçonne*” era difícil distinguirlas de los mozos; los jóvenes, a su vez, se afeitaban barbas y bigotes para parecer más femeninos; las manifestaciones de la sexualidad invertida llegaron a constituirse en moda, no por instinto sino como protesta contra las formas legales, tradicionales, normales, del amor. Cada forma de expresión de la existencia se esforzaba por ha-

cer ostentación radical y revolucionaria, y lo hacía también, claro está, el arte. La pintura nueva declaraba caduco todo lo que habían creado Rembrandt, Holbein y Velázquez, e inició los más furiosos experimentos cubistas y surrealistas. En todas partes proscribióse el elemento comprensible: la melodía en la música, el parecido en el retrato, la comprensibilidad en el idioma. Quedaron suprimidos los artículos el, la y lo, la construcción sintáctica invertida, se escribió en el estilo "tajante" de los telegramas, con interjecciones exaltadas, aparte de que se condenaba a la basura toda literatura que no fuese activista, es decir, que no teorizara en cuestiones políticas. La música buscaba tercamente una tonalidad nueva y dividía los compases; la arquitectura daba vuelta a las casas, sacando lo de adentro afuera; en el baile desapareció el vals a favor de figuras cubanas y negroides; la moda inventaba con fuerte acentuación del desnudo, absurdos cada vez distintos; en el teatro se representaba a *Hamlet* vestido de frac y se ensayaba un dramatismo explosivo. Empezó una época de experimentos descabellados en todas las materias, que pretendía superar con un solo salto todo lo que había existido, lo que había ido formándose y realizándose naturalmente. Cuanto más joven era un individuo, cuanto menos había aprendido, tanto más gratamente impresionaba en virtud de su falta de trabazón con todo lo tra-

dicional: ¡por fin se daba rienda suelta, triunfalmente, a la gran venganza de la juventud contra el mundo de nuestros padres!

*

**

No he visto en Rusia nada más grandioso, más conmovedor que el sepulcro de Tolstoi. Apartado y solitario se alza ese egregio lugar de peregrinación, cubierto por las sombras del bosque. Un sendero estrecho conduce hasta el túmulo, que no es más que un cuadrado de tierra apilada, que nadie vigila, que nadie cuida, sombreado únicamente por unos cuantos árboles enormes que, según me contó su nieta frente a la tumba, los plantó León Tolstoi personalmente. Su hermano Nicolai y él habían oído decir a una mujer del pueblo, que el lugar en que se plantaban árboles sería un lugar de dicha. Por eso habían hundido en la tierra, medio jugando, unos cuantos retoños. Sólo mucho más tarde, anciano ya, recordó aquella promesa hermosa, y manifestó entonces el deseo de ser sepultado bajo esos árboles plantados por él mismo. Así se hizo, en un todo de acuerdo con su voluntad, y se formó así el sepulcro más impresionante del mundo, debido a su sencillez cautivadora. Un pequeño túmulo rectangular en medio del bosque, cubierto por los árboles en flor, *nulla crux, nulla corona*, ninguna losa sepulcral, ninguna inscripción. El gran hombre

que, como ningún otro, sufría por su nombre y por su fama, está enterrado en forma anónima, exactamente como un vagabundo encontrado al azar, como un soldado desconocido. Nadie está privado de acercarse a su sepulcro; el cerco de madera delgado que lo rodea no está cerrado. Nada cuida el último sosiego del desasosegado, salvo el respeto de los hombres, que por lo común se apiña con curiosidad frente a la pompa de una sepultura. Pero aquí la sencillez imponente destierra todo afán espectacular. El viento sopla como verbo divino por sobre la tumba del sin nombre; ninguna voz más; se podría pasar de largo sin sospechar nada, o suponiendo a lo mas que allí yace enterrado alguien, un hombre ruso cualquiera en la tierra rusa. Ni la cripta de Napoleón bajo el arco marmóreo de la Catedral de los Inválidos, ni el sepulcro de Goethe en el panteón de los príncipes, ni los monumentos funerarios de la abadía de Westminster, conmueven tanto con su aspecto como ese túmulo magnífico en su silencio, como esa tumba anónima, emocionante, perdida en medio del bosque, en torno a la cual sólo se oye el susurro del viento, esa tumba sin mensaje y sin palabras.

*

**

El hecho de que no haya visto nunca al hombre más importante de Italia, a Mussolini, se debe a mi resistencia a enfrentarme con personalidades políti-

cas. Aun en mi patria, la pequeña Austria, no me entrevisté nunca —lo que en realidad casi era una hazaña— con ninguno de los estadistas principales, ni con Seipel, ni con Dollfuss, ni con Schuschnigg. Y, sin embargo, habría sido mi deber dar personalmente las gracias a Mussolini, que según supe por amigos comunes, era uno de los primeros y mejores lectores de mis libros en Italia, por la forma espontánea en que cumplió el primer pedido que jamás dirigí a un hombre de Estado.

Esto aconteció como sigue. Cierta día recibí en Salzburgo una carta por expreso de un amigo que residía en París, anunciándome que una dama italiana deseaba visitarme por un asunto urgente, y pidiéndome que la recibiese cuanto antes. Esa dama se anunció al día siguiente, y lo que me refirió fué, en efecto, conmovedor. Su esposo, un médico destacado, de familia humilde, había sido educado por cuenta de Mateotti, el dirigente socialista a quien los fascistas asesinaron de un modo brutal. Fué la última vez que la consciencia del mundo, muy cansada ya, reaccionó de manera unánime contra un crimen aislado. Toda Europa se había levantado indignada. El amigo fiel, el médico, fué uno de los seis valientes que en esa oportunidad osaron llevar el ataúd del asesinado, públicamente a través de las calles de Roma. Poco tiempo después, boicoteado y amenazado, salía hacia el destierro. Pero la suerte de la familia Mateotti no le permitía darse tregua; recordando a su benefactor, quiso hacer pa-

sar a los hijos de éste clandestinamente de Italia al extranjero. Empezando esa tentativa, cayó en manos de espías o agentes provocadores y quedó detenido. Puesto que cualquier rememoración de Mateotti resultaba ingrata a Italia, un proceso difícilmente habría arrojado una culpa seria sobre él; pero el procurador involucró a ese hombre hábilmente en otro proceso que se fundaba, efectivamente, en un atentado dinamitero proyectado contra la persona de Mussolini. Y el médico, que durante la guerra había conseguido las condecoraciones militares más altas, fué condenado a diez años de cárcel.

La joven esposa estaba, huelga decirlo, enormemente acongojada. Había que hacer algo contra esa injusticia, a la que ella no podría sobrevivir. Quería reunir todos los nombres literarios de Europa en una protesta ruidosa, y me rogó que le fuera útil al efecto. En seguida le aconsejé no ensayar ninguna protesta. Sabía cuán desgastadas estaban esas manifestaciones desde la guerra. Le hice presente que aunque sólo fuera por orgullo nacional, ningún país toleraría que se pretendiese corregir su justicia desde el extranjero, y que la protesta europea en el caso de Sacco y Vanzetti había tenido en Estados Unidos más consecuencias desfavorables que propicias. La exhorté urgentemente a no emprender nada en ese sentido. Le hice presente que sólo empeoraría la situación de su esposo, ya que Mussolini no dispondría, no podría disponer, aunque lo quisie-

ra, una atenuación de la pena si se trataba de imponérsela desde afuera. Pero sinceramente conmovido, prometí hacer lo que pudiese. Le dije que, por casualidad, debía partir la semana siguiente a Italia, donde tenía amigos bien intencionados que ocupaban posiciones influyentes. Estos, quizá, podrían interceder, ocultamente, a su favor.

Hice una tentativa el mismo día de mi llegada a Italia. Pero vi entonces hasta que punto el temor se había anidado en las almas. Apenas mencioné el nombre, todos quedaron cohibidos. Nadie quería tener que usar su influencia para intervenir en el caso. Todos aseguraban que éste no tenía ninguna posibilidad de éxito. Así pasó del uno al otro. Volví avergonzado, porque talvez la desdichada mujer creería que no había probado todo, hasta lo último. Y, realmente, no había probado todo. Quedaba una posibilidad todavía: el camino recto, franco: escribir al hombre en cuyas manos estaba la decisión, a Mussolini mismo.

Así lo hice. Le escribí una carta verdaderamente sincera. No quería empezar con lisonjas, escribí, y dije, además, que ante todo debía confesar que no conocía al hombre ni la medida de su empresa. Pero que había visto a su esposa, quien, sin lugar a dudas, era inocente y sobre quien recaía de igual modo el peso total del castigo, si su esposo debía pasar esos años en la cárcel. No trataba de someter a un examen crítico ese juicio, pero podía comprender que significaría la salvación de la vida de

esa señora, si su esposo, en vez de ser encerrado en una cárcel, fuera llevado a una de las islas destinadas a presos, donde mujeres y niños tenían permiso para vivir junto a los desterrados.

Tomé la carta dirigida a Su Excelencia el señor Benito Mussolini, y la eché en un buzón de Salzburgo. Cuatro días después, la Legación italiana en Viena me escribió, manifestándome que Su Excelencia mandaba darme las gracias y comunicarme que había dado cumplimiento a mi pedido y previsto, además, una disminución del plazo de la condena. Al mismo tiempo, llegó un telegrama de Italia, que confirmó el traslado requerido. De una sola plumada, Mussolini personalmente había satisfecho mi ruego, y no pasó mucho tiempo, en verdad, sin que indultase al condenado. Ninguna carta me ha causado en todo el transcurso de mi vida igual alegría y satisfacción, y si algún éxito literario recuerdo con particular gratitud, es éste.

*
*
*

Consideraba más un honor que una vergüenza poder compartir el destino del total aniquilamiento de la existencia literaria en Alemania con contemporáneos tan eminentes como Thomas Mann, Heinrich Mann, Werfel, Freud y Einstein y tantos otros, cuya obra tomo infinitamente más en serio que la mía propia. Cualquier ademán de mártir, por otra parte, me repugna a tal grado que sólo a disgusto hago mención de esa mi inclusión en el destino ge-

neral. Pero de modo extraño, precisamente a mí me ha sido dado colocar a los nacionalsocialistas y aun a Adolfo Hitler *in persona* en situaciones particularmente penosas. De todos los proscriptos, nada menos que yo fui repetidas veces objeto de la agitación más desenfadada y de debates interminables en los círculos superiores de Berchtesgaden, de modo que puedo agregar a las cosas desagradables de mi vida, esa modesta satisfacción de haber causado contrariedad al más poderoso dictador de los tiempos modernos.

* * *

Vacilo antes de narrar mucho de lo acontecido en aquellos años de 1934 a 1940 que viví en Inglaterra, pues me aproximo ya a nuestro presente, que todos hemos vivido casi por igual, con la misma inquietud atizada por la radio y la prensa, con idénticas esperanzas e iguales preocupaciones. Todos pensamos hoy con poco orgullo en nuestra ceguera política, y nos aterra pensar adonde nos a conducido. Para explicar, habría que acusar, ¿y quién de todos nosotros tiene el derecho de hacerlo? Y luego, mi vida en Inglaterra fué sólo retraimiento. Aunque sabía que era necio no poder regolfar mi prurito tan superfluo, me abstuve en todos esos años de semidestierro y destierro de toda participación franca en la vida social, guiado por la errónea idea de que no me cuadraba terciar en un país extraño en los debates sobre la época. En Austria no había

conseguido nada contra la estolidez de los círculos dirigentes, ¿cómo podía ensayarlo aquí, en esta isla buena donde me sentí huésped, sabiendo que si señalaba —basado en nuestro conocimiento más exacto, en nuestra mejor información— el peligro que con Hitler amenazaba al mundo, se interpretaría esa advertencia como una opinión personal e interesada? Es verdad que a veces era duro apartar los dientes a la vista de errores inconcebibles. Era doloroso ver cómo una propaganda magistralmente puesta en escena abusaba precisamente de la máxima virtud de los ingleses: su lealtad, su sincero deseo de confiar de primera intención en cualquiera, sin exigir demostraciones probatorias. Se alentaba la reiterada ilusión de que Hitler no quería sino atraerse a los alemanes de las regiones fronterizas y que con ello se daría por satisfecho, combatiendo después por gratitud, al bolcheviquismo hasta extirparlo. Ese reclamo surtió inmejorable efecto. Bastaba que Hitler pronunciase las palabra "paz" en algún discurso, para que los diarios olvidaran con júbilo apasionado todo cuanto venía cometiendo y no volvieran a preguntarse porqué, en realidad, Alemania se armaba tan furiosamente. Los turistas que regresaban de Berlín, luégo de haber sido allí conducidos y adulados previsoriamente, ponderaban el orden y a su nuevo maestro, y poco a poco, en Inglaterra, se empezó a encontrarle cierta justificación a su "reclamación" de una Gran Alemania. Nadie comprendía que Austria era la piedra angular de la muralla, y

que Europa entera empezaría a derrumbarse en cuanto se la sacase violentamente de su lugar. Pero yo percibí la Ingenuidad, la noble y buena fe con que los ingleses y sus dirigentes se dejaban engañar, la observé con los ojos ardientes del que en su patria ha visto de cerca a las tropas de asalto y las ha oído cantar:

*Primero conquistaremos Alemania
y luégo el mundo entero.*

Cuanto más se agravaba la tención política, más me retiraba yo, por lo tanto, de las conversaciones y de toda acción pública. Inglaterra es el único país del Viejo Mundo, donde nunca publiqué un artículo relacionado con los problemas de la época, donde nunca hablé por radio ni intervine en un debate público. Viví allí, en mi pequeño departamento, más anónimo que treinta años antes en mi morada de estudiante en Viena. No tengo, por consiguiente, ningún derecho a describir Inglaterra como testigo competente, y menos si, como confesé más tarde, antes de la guerra nunca reconocí de un modo cabal la fuerza profunda, totalmente retenida, de Inglaterra, que sólo se manifestaría en la hora extrema del peligro.

No vi tampoco a muchos de sus escritores. A aquellos dos con quienes había comenzado a estrechar más íntimo contacto, John Drinkwater y Hugo Walpole, precisamente a ellos, se los llevó la muerte prematura. Con los más jóvenes, en cambio, me en-

contraba rara vez, ya que a causa de aquella sensación de inseguridad del extranjero, que era para mí una carga desdichada, no concurría a los *clubs*, ni a banquetes ni a actos públicos. Con todo, tuve una vez el placer extraordinario y en verdad inolvidable de ver a las dos cabezas más agudas, a Bernard Shaw y H. G. Wells, en una polémica subterráneamente cargada, pero caballeresca y brillante en la forma. Fué durante un *lunch* servido a un pequeño grupo de personas en casa de Shaw, y a la sazón me encontré en la situación, en parte atractiva, en parte molesta, del que no está enterado de las causas de la tensión subterránea que se manifestaba en una como vibración eléctrica entre los dos patriarcas, según evidenciaba ya la sola forma de saludarse con una familiaridad ligeramente impregnada de ironía. Debía de existir entre ellos una diferencia de opinión muy fundamental, a la que poco antes se habría puesto término o que debía de solucionarse precisamente en ese *lunch*. Esas dos grandes mentalidades, cada cual una gloria de Inglaterra, habían luchado medio siglo atrás, hombro a hombro, en el círculo de los fabianos, a favor del socialismo, que entonces también era un movimiento joven. Desde aquellos días se habían desarrollado en una forma cada vez más dispar, de acuerdo con sus respectivas y bien determinadas personalidades. Mientras Wells insistía en su idealismo activo, elaborando sin tregua su visión del futuro de la humanidad, Shaw consideraba lo venidero lo mismo

que el presente, cada vez con más escepticismo e ironía, para poner así a prueba el juego de su pensamiento soberano y divertido. Con el correr de los años, sus figuras físicas también se habían desarrollado en sentido dispares. Shaw, el octogenario increíblemente lozano que en las comidas sólo probaba nueces y frutas, alto, enjuto, líncesantemente en tensión, siempre con una risa aguda en las comisuras de los labios, pronto a la locuacidad y más enamorado que nunca de la pirotécnica de sus paradojas; Wells, el septuagenario apegado a la vida, más ansioso de gozar, más a gusto que en cualquier momento anterior, de estatura baja, mejillas encarnadas e inexorablemente serio en el fondo de su alegría ocasional. Shaw, brillante en su agresividad, pronto y ágil en el cambio de punto de ataque; el otro, con una defensa tácticamente sólida, incommovible como siempre lo es el hombre creyente y convencido. Inmediatamente tuve la impresión de que Wells no había acudido a una simple conversación amistosa de sobremesa, sino que venía a una especie de explicación de principios. Y precisamente por ignorar las causas remotas de aquel conflicto de ideas, percibí con más fuerza la inminencia del choque en una atmósfera cargada de electricidad. En cada ademán, en cada mirada, en cada palabra de cualquiera de los dos, vibraba un afán de pendencia, que a menudo parecía jovial, sin que, evidentemente, dejara de ser bastante serio. Daban la impresión de dos esgrimistas que antes de atacarse

en forma resuelta ensayan su agilidad con breves fintas. Shaw poseía una inteligencia más rápida. Bajo sus cejas pobladas, sus ojitos relampagueaban cada vez que daba una respuesta o la atajaba; el placer que le causaba su propio ingenio, el juego de palabras que en el transcurso de sesenta años había perfeccionado hasta lograr una destreza sin igual, se superaba llegando a lindar con la impertinencia. Su tupida barba blanca temblaba a ratos de risa apagada y furiosa, y ladeando un poco la cabeza parecía seguir su dardo con la mirada para averiguar si había dado en el blanco. Wells, con sus carrillos colorados y los tranquilos ojos cubiertos, era más mordaz y recto. Su inteligencia también obraba con descomunal rapidez, pero no daba volteretas tan hiperbólicas; prefería asestar con naturalidad, estocadas directas y certeras. Golpes y quites iban y venían tan prestamente, como relámpagos, manteniéndose en apariencia siempre dentro de lo jocoso, que el espectador no se cansaba de admirar el juego de floretes, el centelleo y el cruce de los golpes. Pero detrás de ese diálogo rápido y constantemente mantenido sobre el nivel supremo, se advertía una especie de irritación espiritual que, a la manera inglesa, se disciplinaba en las formas dialécticas más urbanas. Fue —y ello hizo tan extraordinariamente interesante esa discusión— un juego con algo serio, y hubo algo de serio en el

juego, un choque severo de dos caracteres polares que sólo en apariencia se inflamaba en lo objetivo, mientras que en realidad se basaba en causas y motivos que yo desconocía. De todos modos, había visto a los dos mejores hombres de Inglaterra en uno de sus mejores momentos, y la prosecución de esa polémica en letras de molde, que en las semanas siguientes se efectuó desde las columnas de *The Nation*, ya no me causó ni la centésima parte del placer que me procuró aquel diálogo animadísimo, porque detrás de los argumentos, que se habían hecho abstractos, ya no aparecía de modo tan evidente el hombre vivo y la verdadera esencia de los caracteres. Pero pocas veces me he deleitado tanto con el espectáculo de la fosforescencia producida por la fricción de los espíritus, y nunca, ni antes ni después, he visto tan virtuosamente manejado el arte del diálogo teatral en una comedia, como en esa ocasión en que logró su más alta perfección sin proponérselo, sin teatralidad y en las formas más nobles.

*
*
*

Fue una mañana singular la de aquel domingo de 1939. Me aparté mudo de la radio que acababa de lanzar al espacio un mensaje destinado a transformar totalmente el mundo y la vida de cada uno de nosotros. Un mensaje que involucraba la muerte de

millares de aquellos que lo escuchaban en silencio, luto y desgracia, desesperación y amenaza para todos nosotros y, quizás al cabo de algunos años, de muchos años, algún beneficio positivo. Estallaba nuevamente una guerra, una guerra más terrible y de mayores alcances que cualquier otra guerra de tiempos anteriores. Nuevamente tocaba una época a su fin, y una vez más comenzaba un tiempo nuevo. Permanecimos silenciosos en la habitación, que de pronto había cobrado una quietud en la que se percibía la respiración, y evitábamos mirarnos. Desde afuera llegaba el gorjeo despreocupado de los pájaros que en ligero juego amoroso se dejaban llevar por el suave viento, y en el fulgor dorado de la luz meciáanse los árboles, como si sus hojas quisiesen tocarse tiernamente, como labios amantes. Una vez más la viejísima madre naturaleza ignoraba los sinsabores de sus criaturas.

“Quien quiera que pretenda luchar abiertamente contra las pasiones de un pueblo (el de Atenas u otro); quienquiera que pretenda impedir que se cometa algo injusto o ilegal en un Estado, no lo hará nunca impunemente: precisa, pues, sin remedio, que quien desee enseñar lo que es justo, si quiere vivir algún tiempo, permanezca abajo y no tome parte alguna en el Gobierno”.

SOCRATES, según Platón.

Notas musicales

Tomadas de La Voz de Londres

(Varios Nos.)

Habían terminado las guerras napoleónicas, y en Viena el Congreso de la paz decidía la suerte de Europa. Pero mientras los políticos y los diplomáticos trabajaban arduamente, en las fiestas cortesanas lucían su elegancia las más encantadoras damas vienesas. En los salones aristocráticos se bailaba aún el viejo minuet, prevalecía la arrogante polonesa, sin descuidar algunos bailes más lejanos, como la giga preferida por Lord Castlereagh. El Congreso discutía y danzaba; pero era también necesario divertir un poco al pueblo, aquel pueblo del que el Príncipe de Ligné dijo que «habiendo hecho tanto por nosotros, algo debemos hacer por él». Y se le dedicaban vistosos juegos de artificio, y bailes al aire libre, en los jardines profusamente iluminados. El pueblo también danzaba, y no pacata y ceremoniosamente, sino entregándose sin freno a la licenciosa embriaguez del vals. El vals fué antes un moderado baile campesino, lento y casi sedante. Pero Viena, al adoptarlo, lo había transformado en un torbellino olvidadizo y vertiginoso. Y Viena dió el vals a Europa, donde fué acogido primero con sorpresa y luego con entusiasmo. Avanza el siglo, y Viena sigue bailando. Años

más tarde, el vals adquiere nuevo prestigio por la inspiración de Lanner y Strauss. El primero desarrolla sus grandes posibilidades, ya sugeridas por Weber y Schubert; pero Johann Strauss, el padre, lo transforma con el fuerte sello de su personalidad. En 1830 dirige una orquesta de doscientos músicos en los jardines populares cerca del río. Viena danza. Wagner, que, no cumplidos aún los veinte años, se encontraba entonces en Viena, decía del vals que era un narcótico más fuerte que el alcohol, que al primer acorde inflama a todos los que lo escuchan y lo bailan. El vals se extiende por Europa con la fama de Strauss; en París, Luis Felipe lo recibe, y Strauss toca en la coronación de la reina Victoria. Apasionada ésta como era de la danza, quiso también bailar el vals. Salido de Viena, había conquistado Europa.

Pero aún tenía que venir su momento de mayor apogeo con el otro Johann Strauss, el hijo. De pequeño ya quiso ser músico. Su padre deseaba que fuese un grave y respetable funcionario; pero al fin su vocación se impuso. Había compuesto su primer vals a los seis años; y en 1844 debutó en una *Soirée Dansante* en el Casino de Hietzing, dirigiendo una orquesta que había de interpretar varias obras suyas. La concurrencia fué extraordinaria. Según un diario vienés, «era más difícil obtener una mesa allí, que un escaño en la Cámara de los Lorens». Pero la espectación no quedó defraudada. El último número del programa, *Sinnegedichtewalzer* tuvo que repetirse diez y nueve veces. Durante un tiempo hubo una

cierta competencia entre el padre y el hijo, agravada por rivalidades políticas, entonces intensas. El padre era conservador y el hijo liberal; aquél compuso una marcha militar, éste un himno revolucionario. Pero muerto el padre, Johann Strauss simbolizó durante mucho tiempo la popularidad del vals. Su fama era sólida; Liszt, Wagner y Brahms lo elogiaron; escribió para todos y fué comprendido por todos. Siguió componiendo vales, como *El Bello Danubio Azul*, el río que según los realistas es bello, pero no es azul. Al estrenarlo en 1867, el público, de pie en las sillas exigía que se repitiese una y otra vez. Strauss envejecía, había compuesto varias operetas, era respetado por todos, y contaba con la amistad del emperador Francisco José. Murió al cerrarse el siglo, en 1899, mientras se ensayaba su última opereta, que había de dirigir Gustav Malher. Con él moría la Viena imperial. Aquella noche su orquesta tocaba en el *Volksgarten*. Cuando el director supo la noticia, la comunicó al público, y la orquesta empezó a tocar en un lento pianissimo *El Bello Danubio Azul*..

Esta es, trazada a grandes rasgos, la historia de un siglo de vals en Viena. Tal vez pueda decirse con exactitud que el siglo XIX es el siglo del vals. Pero aun hoy no ha perdido nada de su encanto; y en esta época de tantas danzas nuevas, continúa guardando todo su prestigio.

2.—El buen maestro del Real Colegio de San Luis quería hacer del joven alumno Charles Gounod un

erudito en griego o en latín. Pero el muchacho deseaba ser músico y era tanta su insistencia, que para probar su aptitud el profesor le dió un poema de Mehul para que le pusiese música. Después de unas horas de trabajo febril el chico de trece años le entregó una melodía con acompañamiento de piano, que, al cantarla, hizo decir al convencido y conmovido maestro que en efecto sería músico, mejor dicho: que ya lo era.

La vocación por la música del joven Gounod era apasionada y ardorosa. En las noches de insomnio cruzaba por su imaginación un torrente de melodías presentidas, mezcladas, con la trama de sus ensueños y deseos. Fué en aquella época cuando, sintiendo que su porvenir quedaba definitivamente fijado, abandonó los estudios clásicos para dedicarse por entero a la música. Años después su nombre dominaba la escena musical europea. Gounod poseía en alto grado el perfecto equilibrio de las facultades artísticas. Con el estreno del *Faust* en 1859, su fama llega al punto más alto.

En el *Faust*, Gounod expresó plenamente sus convicciones y experiencias artísticas. Un estudio concienzudo de ella revela la influencia que esta obra densa y rica de expresión ha tenido en el desarrollo y transformación del drama lírico en los últimos tiempos. Gounod, en su juventud, como él mismo confesaba, tuvo que vencer los mortales peligros de la vanidad y la afectación. Más tarde la edad y el talento restauraron el equilibrio, y un día, cuando ya

era viejo, comparaba la serena modestia con que su alma iba enriqueciéndose con el blanquear de sus cabellos canos, y al preguntarle uno de sus discípulos cuál creía ser el mejor músico, contestó con juiciosa melancolía: "Cuando aun era muy joven, acostumbraba decir: *Yo*; luego hube de añadir: *Yo y Mozart*; más tarde lo corregí, diciendo: *Mozart y yo*, y ahora digo simplemente: *Mozart*".

3.—¿Podría obsequiarme una entrada para hoy, Mr. Gilbert?

—Es claro que puedo. ¿Palco o butaca?

—Palco.

Gilbert escribe unas palabras en un papel. Al día siguiente va a llegar a aquel grave señor con una extraña y malhumorada expresión en el rostro. Había ido al teatro con su esposa y los hijos, y al presentar la entrada que recibiera de Gilbert los conserjes se rieron y no les dejaron entrar. ¿A qué se debía el fracaso?

Yo hice exactamente lo que el señor me pidió que hiciese—explicaba más tarde Gilbert—: me preguntó si podía obsequiarle un vale de entrada. Respondí que sí, como en realidad lo hice, mas nunca dije que aquel trozo de papel podría servirle para nada.

Este incidente, ocurrido al principio de la carrera artística de William Gilbert, es revelador de su carácter. Un hombre de espíritu vivo y agudo, siempre dispuesto a correr los mayores riesgos. Entró en

el ejército, pero encontró la carrera poco estimulante y divertida. Quiso ser abogado, pero los códigos le producían invencible aburrimiento.

En el otoño de 1870 presentaron a Gilbert un nuevo compositor, cuya última obra—*La Tempestad*—acababa de causar profunda sensación. Era Arthur Sullivan, y el encuentro representa un momento decisivo para sus vidas y para el arte inglés.

Cuando Sullivan estrenó *La Tempestad*, pudo decir, como Byron, que acostándose desconocido, a la mañana siguiente despertó famoso. Entonces empezó el período de la colaboración con Gilbert, que constituye una de las manifestaciones más características y agradables de la época victoriana.

4.—Carlyle decía que el hombre que canta mientras trabaja, rinde más y lo hace mejor. En nuestros días ha sido ampliamente demostrado que la música es un estímulo para el trabajador. Muchos son los ejemplos que hay en la música británica, de melodías cuyo origen ha sido espontáneo, siendo improvisaciones hechas por hombres o mujeres durante el desempeño de sus tareas cotidianas. Entre estos ejemplos existen canciones marineras, y del ejército; también muchas de las que cantan los labriegos mientras aran la tierra, las de los herreros, etc.

5.—El estreno de *El Barbero de Sevilla* fue desgraciado y ruidoso. Rossini tuvo que improvisar en tres semanas la que había de ser una obra maestra de la ópera ligera. Aquella noche del 5 de febrero de 1816, el público del Teatro Argentino de Roma tenía mal

talante. La contralto Giorgi Righetti, que estrenó el papel de Rosina, explica en sus memorias las azarasas peripecias de la histórica velada. El escándalo comenzó cuando Rossini, que dirigía la orquesta, vino a sentarse al piano vistiendo un flamante traje color marrón. Fué acogido con una tempestad de gritos y silbidos. La obertura pasó sin grandes protestas, pero luego, cuando Almaviva temple la guitarra para cantar la serenata a su amada, la desgracia hizo que se rompiera una cuerda, arreciando el griterío. Algo más tarde cayó un trozo de uno de los bastidores, aumentando la hilaridad del público. La bella música fué fluyendo entre la indiferencia o las protestas, y cuando bajó el telón, al terminar el primer acto, Rossini se atrevió a aplaudir—aplaudía naturalmente a los intérpretes, pero el público, creyéndolo una provocación, arreció en sus gritos y pitadas. En el segundo acto los dioses no fueron más propicios. En un momento culminante un gato despreocupado atravesó retozando el escenario. Las bromas y las burlas se juntaron con los maullidos y el vocerío. Al terminar la ópera, Rossini hizo al público una reverencia sarcástica, que tuvo naturalmente réplica escandalosa. El fiasco no pudo ser mayor. La cantante que lo explica, termina su historia diciendo: "Rossini se marchó del teatro, indiferente, como si hubiera sido un espectador cualquiera. Con el corazón destrozado por tan mala suerte, fui a su casa para consolarle, pero no necesitaba consuelo. Y aquella noche durmió con la misma tranquilidad de siempre".

Algunas páginas de

El Desarrollo de las Ideas en los Estados Unidos

Tomo III, Año 1943

Por Vernon Louis Parrington
Traducción de Antonio Llano

(Selección e. j. r. - Ver cuadernos 4 - 5 - 10 - 11)

I

EL ESPÍRITU VICTORIANO

El robusto y genial optimismo que caracterizaba a los hombres de la edad victoriana tenía por base algo más que la prosperidad burguesa creada por la gran revolución industrial: fundábase en una filosofía sistemática construida de excelentes materiales esmeradamente entrelazados, a la cual contribuyeron muchas inteligencias y en cuya perfección creían gran número de pensadores. Su principio cardinal era el principio del crecimiento, del desarrollo; el cual, en su contraste con las concepciones estáticas de tiempos anteriores, era profundamente revolucionario. Este principio, quizá la idea más estimulante que salió de la edad de las luces, fue deducido de la psicología de Locke por Turgot en Francia y por Price y Priestley en Inglaterra. Si, como sostenía Locke, la mente humana es cuando nace, una vasija

vacía, que carece de ideas innatas y no se llena sino con las percepciones de los sentidos, o, como se ha dicho a menudo, es una tabla rasa en que la mano de la experiencia escribe lo que le place, si-guese que el individuo es producto del medio en que vive; su desarrollo no le viene del interior, si-no del exterior. De ahí la idea del crecimiento y el grande interés de la edad de las luces en la socio-logía, o la ciencia del medio, el cual es como la mano del escultor que da forma a la plástica arcilla. De tal idea se deducía inevitablemente la teoría del progreso.

1.—LA SOCIOLOGÍA Y LA EDAD DE LAS LUCES

Es cómodo principiar la historia del nuevo evan-gelio con Condorcet, aun cuando él no haya sido quien lo creó. En medio del reinado del Terror, es-condido para no caer en manos de los jacobinos, este sabio escribió su estimulante historia del pro-greso del pensamiento humano,¹ obra que pronto se reimprimió en los Estados Unidos y ejerció influen-cia notable en Jefferson, el cual declaró que los principios expuestos en ella estaban ejemplificados en la historia de su Estado nativo de Virginia. Con-dorcet era hombre humanitario y liberal, matemáti-co, físico y sociólogo, uno de esos espíritus revolu-cionarios arduosamente dedicados a la creación de un orden social más benévolo que el orden exis-tente, y su famosa obra merece un puesto de ho-

¹ El título de la obra es: *Esquisse d'un tableau historique des pro-gres de l'esprit humain*. Véanse *Œuvres*, tom. VI (Paris, 1847).

nor en la historia de las ideas sociales. Como buen discípulo de Locke, principia con la psicología de la percepción por medio de los sentidos, psicología que sirve de cimiento a toda la estructura de su sistema.

«El hombre, escribe Condorcet, nace con la facultad de recibir sensaciones; de percibir y distinguir las sensaciones simples que forman las compuestas; de retenerlas, reproducirlas y combinarlas; de comparar estas combinaciones; de ver lo que les es común y lo que distingue las unas de las otras; de asignar signos fijos a todos los objetos de dichas sensaciones a fin de reproducirlas con mayor claridad y facilitar las combinaciones nuevas».

Condorcet estaba saturado del espíritu científico de su tiempo; guiábase por la ciencia, y juzgaba con notable perspicacia los datos científicos de que en ese entonces se disponía en la Europa occidental. Así pues, cuando escribió los pasajes que se citan a continuación, no los escribió como soñador especulativo, sino como sociólogo convencido de que sólo la investigación científica podía sacar a la civilización del atolladero en que la había metido la estupidez egoísta de gobernantes hostiles a la ciencia.

«Tras muchos años de errores, y después de haberse descarriado siguiendo teorías incompletas o vagas, los publicistas han reconocido al fin los ver-

daderos derechos del hombre, deduciéndolos de la sola verdad de que el hombre es un ser dotado de la facultad de percibir por los sentidos (*un être sensible*), capaz de razonar (*capable de former des raisonnements*) y de adquirir ideas morales».

Condorcet era idealista, y el fin a que se dirigían todos sus esfuerzos era el establecimiento de una filosofía social adecuada que interpretase justamente la evolución de la civilización. Fiel al genio de la época de las luces, creía que en la razón y el sentido moral el hombre tenía las llaves de su propio progreso; que la razón, guiada por sentimientos humanitarios, produciría un mejoramiento progresivo de la vida, que al fin conduciría al bienestar común de los hombres en una sociedad racional. En su concepto, la edad de las luces había "abierto nuevos derroteros a las ciencias políticas y morales" y puesto de manifiesto "los verdaderos principios de la felicidad social". A los federalistas norteamericanos, que con prodigalidad de retórica vituperadora atacaban a todos los teóricos franceses, les habría aprovechado leer y pesar las páginas de Condorcet.

La teoría del progreso, con su corolario de la filosofía de la historia, fue secundada por Saint-Simon; pero fue Auguste Comte quien le dio su forma más completa y sistemática. La grandiosa filosofía de la historia a que Comte dio el nombre

de *positivismo* fue un esfuerzo por formular la ley del progreso humano, y la sociología dinámica que él dedujo como consecuencia natural de su interpretación de la historia fue un esfuerzo por aplicar dicha ley a la sociedad. De que el progreso es la ley de la naturaleza, dice Comte, dan testimonio tanto la unidad de todos los fenómenos naturales como el desarrollo histórico de todos los sistemas. En ninguna parte, afirma, hay solución de continuidad ni origen de nada nuevo; por doquiera y en todo tiempo se observa un proceso continuo. De este principio surgió la ley comteana de la evolución histórica con sus tres fases: la teológica, la metafísica y la científico-industrial. Si la continuidad es la ley de la naturaleza, la continuidad presupone un fin, y es de presumirse que este fin sea benévolo; y, dada la continuidad encaminada a un fin benévolo, es lógico tratar de disponer las fuerzas de la sociedad de manera que armonicen con el propósito teológico, y, aplicando los conocimientos científicos, acelerar el advenimiento de la edad dorada. Por tanto, la gran ciencia, antes descuidada es la sociología.

Las generaciones anteriores habían puesto la edad dorada en el pasado; mas la filosofía de Comte, de acuerdo con las ideas de la época de las luces, la coloca en el porvenir, como meta final de una sociedad que evoluciona. La nueva escuela de

la filosofía de la historia se propuso trazar el camino futuro del progreso, leer el porvenir como hijo del pasado. La gran tarea que había que emprender era la formulación de las leyes sociológicas, y Comte como fundador de una nueva ciencia social, llevó adelante y sistematizó la obra iniciada por los fisiócratas. Antes de él, la historia había sido poco más que un conjunto de crónicas, sin norma ni propósito general definido, indiferente a las causas de los cambios que ocurren en la especie humana, y falto de elementos que pudiesen servir para conjeturar el porvenir con alguna probabilidad; después de Comte, la historia fue un sistema de interpretación y de filosofía.

Hubiera sido de esperarse que el positivismo fuese bien acogido por los intelectuales norteamericanos, como lo fue por Mill, Spencer y otros pensadores liberales ingleses. No solamente ha tenido el espíritu norteamericano inclinación a la sociología, sino que la historia de los Estados Unidos, como observa Woodbridge Riley, ofrece un ejemplo demasiado palpable de la ley comteana del progreso para que no llame la atención. Los tres siglos de la vida norteamericana—el diecisiete con su teocracia, el dieciocho con sus teorías abstractas de los derechos políticos y su fe en constituciones escritas, y el diecinueve con su industrialismo fundado en la ciencia—parecen páginas tomadas de la filosofía positivista de la historia.

El que Comte haya llamado tan poco la atención de los espíritus de la Nueva Inglaterra se debió sin duda a la influencia del trascendentalismo, con sus bases metafísicas. Aunque algunos intelectuales jóvenes ardorosos, como John Fiske, lo aceptaron antes que viniera una filosofía evolucionista más adecuada, el país no estaba todavía preparado para el positivismo. Cuando lo estuvo, fue a Spencer y no a Comte a quien los intelectuales norteamericanos reconocieron como maestro, y también a John Stuart Mill, aunque no con igual devoción. Tanto Spencer como Mill habían sentido la influencia de la escuela sociológica francesa, y fué en sus escritos como la nueva filosofía social penetró en los Estados Unidos.

2.—LA BIOLOGÍA Y LA EDAD DE LAS LUCES

La buena acogida que Spencer tuvo en la generación norteamericana nacida después de la guerra civil fue extraordinaria. Muchos jóvenes estudiosos y pensadores que, ya extinguida para ellos la lámpara de la teología, buscaban con impaciencia nueva luz, se sintieron arrastrados hacia él irresistiblemente. Y jóvenes rebeldes que habían descartado las enseñanzas de sus mayores y anhelaban hallar nuevos derroteros en el laberinto de credos muertos—espíritus independientes como Hamlin Garland, Jack London y Theodore Dreiser, destinados a ser jefes de la sublevación del realismo literario contra la tradición de la escuela de la pulcritud y los me-

lindres en los asuntos de la vida, las letras y la fe—estudiaron a Spencer con el fin de prepararse para la gran labor de libertar de las viejas inhibiciones teológicas el pensamiento norteamericano. Los estudiantes universitarios ya no leían la *Anatogy* de Butler, como solían hacerlo sus padres antes de la guerra, sino que se engolfaban con entusiasmo en los *Data of Ethics* (Datos de la ética) de Spencer, buscando en esa obra una teoría verdaderamente científica de la conducta humana. Por todas partes se extendía la influencia del gran filósofo, y en donde penetraba, las viejas ideas teológicas se disipaban como niebla. Quizá no sea exagerado decir que Spencer trazó la ancha carretera por la cual marchó el pensamiento norteamericano a fines del siglo diecinueve.

Si, como indica Lester F. Ward, el mayor mérito de Comte fue su insistencia en la unidad de todos los procesos de la naturaleza, y si antes de él no se había comprendido suficientemente la continuidad de las fuerzas, su parentesco intelectual con Spencer no puede dejar de llamar la atención. La concepción capital de Spencer, a la cual llegó independientemente de Darwin y que durante toda su vida aplicó a los varios campos del saber, fue la concepción creadora descollante del siglo diecinueve—la concepción de la unidad universal y el desarrollo orgánico. En sus bien conocidas palabras, era la ley

del paso continuo de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo complejo; y él halló la ejemplificación de esa ley en toda la historia de la naturaleza y del hombre. Encuéntrase aquí otra vez la ley comteana de la continuidad, pero poderosamente reforzada y ensanchada en su significación cósmica por deducciones de la ciencia nueva.

Lamarck y Darwin echaron los cimientos de la filosofía de Spencer, como Condorcet y Saint-Simon habían suministrado las bases de la filosofía de Comte. Versado en las nuevas teorías biológicas, Spencer erigió sobre ellas su filosofía sintética. Creía que la ley de la evolución orgánica bastaba para explicar no sólo la historia de la civilización, sino también toda la historia de la vida en un universo físico, y que la biología, la psicología, la sociología, las ciencias políticas y morales y todos los conocimientos, ideales e instituciones que dan forma a la civilización no son más que manifestaciones del gran movimiento de desarrollo caracterizado por el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo.

El efecto final de la filosofía sintética no fue destruir los postulados fundamentales de la edad de las luces, sino confirmarlos. En las teorías sociales de esa filosofía se halla la justificación imprevista de las halagüeñas esperanzas de Turgot y Condorcet. En sus estudios biológicos, Spencer se había acostumbrado a pensar tomando principalmente el indi-

viduo por punto de partida, y no la especie ni el género. Ahora bien: la variación es propiedad característica del individuo; estrictamente hablando, la naturaleza no conoce la reproducción ni la identidad de formas vivientes, sino la diferenciación individual, que ocurre en todas partes y en todos los tiempos. Sin embargo, por ser las semejanzas mucho mayores y más cohesivas que las desemejanzas, el instinto gregario impulsa a los individuos a asociarse en grupos cada vez mayores y a cooperar en sus acciones; de donde resulta una sociedad humana que de continuo tiende pasar de lo simple a lo complejo.

Spencer fundó sus teorías sociales y políticas en estas dos premisas mayores: la variación individual y el instinto de la asociación; y, cuando se les quitan los aditamentos traídos de la biología, la etnología y la psicología, las ideas fundamentales del sistema manifiestan una semejanza muy curiosa con los principios cardinales de la filosofía romántica francesa. Esta semejanza se deja ver más y más a medida que Spencer penetra en los campos de la sociología y la política; y sus deducciones finales armonizan tanto con las teorías de aquella filosofía, que nada de extraño hay en que un discípulo de Thomas Jefferson se convierta en discípulo de Herpert Spencer.

No hay solución de continuidad entre Condorcet

y la filosofía sintética. El gran filósofo victoriano completó la obra de la edad de las luces. Cuando Spencer fundó su individualismo en la ley de la variación biológica, no hizo más que formular en términos científicos el individualismo metafísico de sus predecesores; cuando desarrolló su psicología como un proceso no interrumpido que pasa gradualmente "de la simple acción refleja de la criatura que mama a los complicados razonamientos del adulto", con su corolario del crecimiento continuo de las facultades intelectuales, seguía a Locke y suministraba un nuevo argumento a la teoría de la perfectibilidad indefinida; cuando fundó su sociología en el principio orgánico del "desarrollo natural", el cual adapta al individuo a fines sociales, con el aumento de la individualización, que es el objetivo final de la verdadera vida social, justificó el entusiasmo francés por la libertad como gran desiderátum, pero su libertad era una libertad ensanchada y enriquecida por la asociación de los hombres en colectividades libres; y, finalmente, cuando fundó su ética en los principios de que "el 'objeto' de la evolución es hacer la vida más y más completa", de que "la conducta más elevada es la que conduce a la mayor duración, amplitud y plenitud de la vida", de que el criterio último de la ética social es la justicia, y de que "todo hombre es libre para hacer lo que quiera, con tal que no estorbe la libertad igual

de ningún otro hombre”, no hizo más que dar nueva forma a la doctrina de Godwin, de que el objeto final de la sociedad es el establecimiento de la libertad racional bajo el reinado de la justicia.

El que las teorías sociales de Spencer contengan muchísimos ideales de tiempos anteriores no sorprende cuando se tienen en cuenta los antecedentes de este filósofo. De antepasados radicales disidentes, rebelde por naturaleza, extraordinariamente independiente y confiado en sí mismo, y llegado a su madurez intelectual en la tempestuosa quinta década del siglo, época de benthamismo y cartismo y agitación democrática, fue hijo de ideas que eran en alto grado una reproducción de las aspiraciones a que habían puesto fin las guerras napoleónicas y la reacción tory y que entonces empezaban a renacer. En consecuencia, sus teorías políticas, como las de Mill, fueron profundamente afectadas por su herencia revolucionaria. Aceptó el contrato social “como base teórica, aunque no histórica, de las instituciones y autoridad políticas”; la doctrina de los derechos naturales, la cual interpretó, como Jefferson, a la luz del derecho a la vida, la libertad y la busca de la felicidad; y la teoría de un gobierno de autoridad constantemente decreciente, en el supuesto de que el estado final de la sociedad—como en la *Political Justice* (Justicia política) de Godwin—será la acracia,

Por lo menos, Spencer cree que tal es el estado futuro de la sociedad que la ley de la evolución social parece indicar. A medida que la autoridad coactiva del gobierno disminuya, será reemplazada por la fuerza cohesiva de la asociación, hasta que la cooperación voluntaria se extienda a todas las funciones necesarias de la sociedad; y puesto que el Estado, o el gobierno, tiende a desaparecer por efecto del desarrollo de una sociedad racional, el gran desiderátum es más bien una sociología adecuada que una teoría política.

Así pues, el resultado de los vastos estudios de Spencer fue, en último análisis, una nueva justificación, fundada en la ciencia de su tiempo, de los principios fundamentales a que llegó el pensamiento especulativo del siglo dieciocho, con su individualismo, su liberalismo, su pasión por la justicia, su amor de la libertad y su desconfianza de la coacción de toda clase. Spencer opinaba que el poder de la mayoría debe refrenarse, no menos que el de la minoría, y concluyó su obra *The Man versus the State* (El hombre contra el Estado) con estas bien conocidas palabras: "En otro tiempo, la función del liberalismo era poner límites al poder de los reyes. En lo futuro, la función del verdadero liberalismo será poner límites al poder de los parlamentos". En sus especulaciones científicas, las aspiraciones de los pensadores románticos adquirieron nueva vida;

incorporadas en un sistema evolucionista comprensivo, recibieron un nuevo impulso. Spencer completó la obra iniciada por Locke ciento cincuenta años antes, y su *Synthetic Philosophy* dió conclusión al movimiento intelectual más grandioso de los tiempos modernos.

Cuando, a fines del siglo diecinueve, los intelectuales jóvenes de la escuela spenceriana examinaron el universo, vieron en él, a pesar de toda su complejidad, una unidad que todo lo abarca, un crecimiento continuo, un propósito creador, y de allí dedujeron la teoría de un progreso cósmico en su plan y alcance que anunciaba un vasto porvenir. Si en el espíritu de aquellos jóvenes se hacía sentir la teoría del determinismo, ella no los preocupaba, pues un determinismo benévolo no es monstruo que cause temor alguno. La ciencia evolucionista llevaba en sí los fundamentos de un optimismo genial que nada podía destruir.

La nueva escuela evolucionista admitía como axioma que el progreso es la ley del universo, y los norteamericanos veían en ella una confirmación más de las doctrinas que habían reinado en los Estados Unidos desde los tiempos de Franklin y Jefferson y se habían convertido en credo nacional después de la guerra de 1812 con Inglaterra. En los espíritus sensatos, la nueva filosofía causó un cambio completo de actitud con respecto a la vida, y

en unos pocos espíritus destornillados condujo a ideas y esperanzas estrafalarias de mil clases.

3.-FIN DE LAS ESPERANZAS DE LA EDAD DE LAS LUCES

Luégo empezaron a formarse nubarrones en aquel cielo claro, y el sol de la esperanza principió a perder su brillo. Cuando la física comenzó a compartir con la biología el interés de los pensadores, y la dirección de la especulación fundada en hechos científicos pasó de Herbert Spencer a Ernst Haeckel, los norteamericanos jóvenes se encontraron con una nueva trinidad filosófica, cuyas tres personas no eran ya unidad, desarrollo y designio, sino unidad flujo y casualidad. El designio, o causa final, había desaparecido de la cara adusta del universo material, y los nuevos pensadores se vieron aprisionados en la red de un determinismo que presentaba mayor probabilidad de ser maligno que benévolo.

La idea del progreso desapareció gradual y como naturalmente, y sucedióle la de un flujo perpetuo ciego, sin propósito alguno. Sin embargo, permaneció la unidad, que incorporaba al individuo en el todo y lo reducía a una partícula microscópica en un cosmos inmenso. La historia intelectual del último cuarto del siglo diecinueve, tanto en los Estados Unidos como en otros países, es en su aspecto teológico la historia de la transición del evolucionismo benévolo de Spencer al materialismo mecanicista de Haeckel, con todos los desbarajustes y readaptaciones consiguientes al violento cambio.

Páginas de Historia

Por Alfonso Jiménez

(Escritas en el año 1900)

20 de Enero de 1860.

Por decreto de esta fecha, expedido por el Presidente de la República Dr. don José María Montea-leagre, se anuncia el levantamiento de "una partida de facciosos", capitaneada por Prudencio Blanco, en Liberia, y se dictan varias disposiciones para el castigo de los revolucionarios.

Los hechos pasaron más o menos así: El lunes 16 del propio mes, a las 11 p. m., fue tomado por asalto el cuartel de Liberia. A las 5 a. m. del martes, se pronunció el vecindario a favor de Mora y Cañas (el ex-Presidente don Juan Rafael Mora y su cuñado el General don José María Cañas). A las 3 p. m. del mismo día fue tomado también por sorpresa el cuartel de Bagaces, con 20 hombres; pero los vecinos, fieles al Gobierno, huyeron de la población, y los revolucionarios se marcharon llevándose cuanto pudieron. El movimiento fue secundado en Nicoya y Santa Cruz, donde servían de agentes don Prudencio Blanco, el cura y un señor Goyenaga. El Gobernador don Manuel Esquivel, el Mayor don Faustino Guardia y el Capitán Apú, prisioneros, fueron enviados a Nicaragua. A la llegada de las tropas del Gobierno a Liberia, al mando del General don Máximo Blanco, el día 29 de dicho mes, abandonaron el campo los revolucionarios y huyeron.

Fue este uno de tantos esfuerzos hechos por el señor Mora y sus partidarios, para recobrar el poder

* * *

1º. de Noviembre de 1868.

Los Jefes militares don Lorenzo Salazar, "Comandante General de las armas de la República", y don Máximo Blanco, "General de Brigada y Comandante del Cuartel Principal" de esta capital, derrocaron el gobierno del Dr. don José María Castro y llamaron al poder al Lic. don Jesús Jiménez.

Púsose término a la 2ª. administración del Dr. Castro, inaugurada legalmente el 8 de mayo de 1866. La caída del gobierno fue en este caso, como lo había sido en agosto de 1859, un cambio realizado por la fuerza, pero sin violencias personales. Con el Gobierno cayó la Constitución, según la vieja práctica costarricense.

Los jefes expresados expidieron el 8 de noviembre un manifiesto "a los pueblos de la República", en que explicaron su proceder. Hubo también esta vez "actas populares", en que se daba por bien hecho lo sucedido. El mismo señor Salazar en un artículo que publicó en el periódico oficial con fecha 25 del propio mes, reconoce que el procedimiento *era peligroso, porque el pueblo, con la repetición de tales actos, llegaría a persuadirse de que el poder militar puede hacer siempre en política su voluntad, y porque no siempre los jefes de las armas procederían de buena fe y con la mira de procurar el bien público.*

El nuevo Presidente Provisorio en su primer decreto anunció el cambio efectuado, suspendió la Constitución de 27 de diciembre de 1859 y se tuvo por llamado a *regir el país omnimodamente*, con facultad de convocar una Asamblea Constituyente.

Don Lorenzo Salazar *dejó* la Comandancia General, que hacía muchos años servía, el 10 de diciembre siguiente, y entonces el Presidente asumió las funciones de la misma y nombró al Señor Salazar Comandante del Cuartel de Artillería, del cual se retiró en febrero de 1869.

En cuanto al señor Blanco, cuyo nombre figura como el de uno de los héroes de la guerra nacional y en tantas páginas de la historia patria, hubo de retirarse del servicio meses después, el 6 de Abril de 1869.

*
* *

6 de Enero de 1870.

Inaugúrase solemnemente el Colegio de Segunda Enseñanza de Cartago, bajo la dirección del señor Dr. don Valeriano Fernández Ferraz.

El acto revistió el carácter de fiesta nacional; fue presidido por el señor Lic. don Jesús Jiménez, Presidente de la República quien tanta parte tomó en la realización de la obra; y en él pronunció el Dr. Fernández Ferraz un notable y bello discurso que principia así:

“El acto que hoy nos reúne en este lugar es, sin duda, uno de los más importantes a que pudieran

concurrir un pueblo libre y un gobierno ilustrado, el pueblo y el gobierno de una República bien constituida. Porque si hay sistemas políticos, si hay gobiernos a quienes, lejos de educar, convenga embrutecer a los pueblos, para más fácilmente quebrantarlos y ejercer sobre ellos una dominación absoluta, no cuadran por cierto tan vergonzosos medios de gobierno a las democracias, donde llamado en todo caso el pueblo a dirigirse por sí mismo, mediante el sufragio, y a administrar sus propios intereses, debe necesariamente instruirse y educarse para ejercer con dignidad y acierto la alta magistratura de su soberanía". Más adelante se lee el siguiente párrafo de dicho discurso: "En cuanto a nosotros, llamados a tomar parte activa en vuestro noble empeño. *¿qué mayor o mejor presente podemos traer a la República, que enseñar y educar a la juventud?* Poco o nada hemos hecho todavía, que digno sea de recordarse en este momento; pero en fe de quien somos, puedo asegurar que trabajaremos como buenos"

¡Qué pocas promesas hechas en medio del regocijo de una inauguración, se han cumplido como esa, tan lealmente!

¡Qué honda y legítima satisfacción no sentirá al recordar esta fecha, el ilustre Maestro, cuya cabeza, coronada de blancura, guarda fresco un cerebro privilegiado, enriquecido hasta dar envidia! Él, en plena lozanía intelectual, ve hoy, al cabo de 32 años, los óptimos frutos de su labor por el progreso de Costa Rica. ¡Dichoso mil veces!

10 de Octubre de 1870.

El señor don Tomás Guardia, "General de División y Presidente Provisorio de la República", asistido de los señores don Lorenzo Montúfar, don Buenaventura Carazo y don Pedro García, Secretarios de Estado, y don Salvador González, Subsecretario, expide un decreto por el que disuelve la "Convención Nacional Constituyente" y asume los Poderes Públicos con las *facultades omnímodas* que dice se le han concedido por actas populares.

Aunque esa Asamblea había nombrado, según rezan los textos oficiales, Presidente Provisorio al señor Guardia,—cuando de tal puesto renunció el Lic. don Bruno Carranza, llamado a consecuencia de la revolución que derrocó al gobierno del Lic. don Jesús Jiménez, y podía, por lo tanto, removerlo,—el nuevo Presidente procuró en breve desembarazarse de aquel Cuerpo, y al efecto, el 8 de octubre lanzó desde Alajuela una proclama a los costarricenses en general y a sus "compañeros de armas" en particular, en que pinta la oposición que halla en la mayoría de la Asamblea y dice: *La situación en que esta oposición me coloca, me obligará a resignar el mando y a mirar con sentimiento, desde el retiro de mi vida privada, las desgracias que sobrevendrán a nuestra patria;* pero, a fuer de hombre providencial o necesario, no se resignó a resignar el mando, sino que dispuso las cosas como se verá. El Dr. don Vicente Herrera, Gobernador de San José, convocó a los munícipes

y habitantes a cabildo abierto, que se efectuó el mismo día 8 y el siguiente, y de ello resultó un *acta popular*, en la cual se expresa: "Cesan los poderes de los Diputados a la Convención Nacional", se confirma el nombramiento del señor Guardia, se dan a éste *facultades omnimodas* y se le faculta, por redundancia, para convocar otra Asamblea cuando él lo quisiere; dicha acta está firmada por los señores Camilo Esquivel, Presidente; Vicente Herrera, Gobernador; Federico Fernández, Regidor; Aquiles Bonilla, Regidor; Carlos Echeverría, Regidor; Anselmo Céspedes, Secretario; José M. Bolandi, Secretario; Nicolás Sáenz, Manuel A. Bonilla, Juan B. Bonilla, José Esquivel, Andrés Sáenz, José A. Chamorro, Manuel M. Esquivel, Luis D. Sáenz, Manuel A. Bonilla (h.), Uladislao Durán M., Manuel Sáenz, Francisco M. Fuentes, y muchas personas más, de aquí y de poblaciones vecinas. En las otras provincias se levantaron actas iguales. Esto fué lo que se llamó "El plebiscito", una especie de remedo de lo que hizo Napoleón III, tipo modelo de los gobernantes hispanoamericanos. Los solicitadores de firmas tuvieron trabajo por varios días. Los costarricenses somos muy complacientes y amigos de los arreglos; así es que las listas se llenaron a satisfacción. Ciudadanos hubo, sin embargo, que con todo y ser empleados públicos, rehusaron firmar, entre ellos: don Ezequiel Jiménez Vargas, Secretario de la Corte Suprema de Justicia, y don Ascensión Esquivel, Secretario de la Sala Segunda. Ambos fueron destituidos en caliente.

7 de diciembre de 1871.

Expídese la Constitución Política que lleva esta fecha, por la Asamblea Constituyente convocada por el Presidente Provisorio don Tomás Guardia, después de haber disuelto la que le nombrara para ese cargo.

Dicha Constitución es la que, con remiendos y parches, hijos de las circunstancias, *rite*; suspendida de hecho en 1876, fue restablecida en 1882 por voluntad del poder que la tuviera suspensa. Parece hecha adrede para un régimen semi-normal, para permitir las expansiones naturales de un poder sin contrapeso efectivo, que no quiera encerrarse dentro de la legalidad; sin embargo, tal es la imperfección de las obras humanas, que esa Constitución, así y todo como es, ha llegado a servir de estorbo y se ha prescindido de ella, porque al fin dicta reglas de acción y el caos no necesita de reglas.

El efecto inmediato de la suspensión del orden constitucional, y el único que se persigue en la práctica, es la desaparición de las garantías individuales. Como complemento lógico de eso, dado el criterio de los gobernantes, se ha entendido aquí que el Ejecutivo puede durante la suspensión inventar y aplicar penas de duración ilimitada, aun restablecido el imperio de la ley fundamental, y que no está obligado a explicar su conducta al país.

Jorge Washington, que no consintió la reelección indefinida, a pesar de que ningún texto la impedía, no habría entendido así nuestra ley, ¡ya se ve!; pero lo cierto es que él no tiene imitadores entre nosotros.

De Ruy Barbosa

En 1914

No importa que los pequeños Estados hayan sido tal vez (el concepto es de Bryce) "los más poderosos y útiles factores en el adelanto de la civilización". No importa que a esos pequeños Estados "deba el mundo mucho más que a las monarquías militantes" desde Luis XIV hasta hoy. No importa que la Gran Bretaña fuese, dada su población, un pequeño Estado, cuando produjo a Shakespeare, Bacon y Milton, como un pequeño Estado eran los Estados Unidos cuando produjeron a Washington y Franklin, Jefferson y Marshall. No importa que en uno de esos dos pequeños Estados se elaborase el derecho común anglo-sajón y en el otro la carta de la Unión americana. No importa que en pequeños Estados hayan venido a luz el Antiguo Testamento, los Poemas Homéricos, la Divina Comedia, el Renacimiento Italiano. No importa que la Alemania de Kant y Lessing, de Goethe y de Schiller no fuese más que un grupo de principados y ciudades libres. No importa que a pequeños Estados, como el de Atenas, el de

Florenxia, el de Weimar, esté ligada la humanidad por deudas inestimables. No importa que pequeños Estados hayan dado a la tierra espectáculos y lecciones de inconmensurable grandeza moral, como el de la emancipación helvética, hace seiscientos años, y el de la lucha de las Provincias Unidas de los Países Bajos contra el coloso de la monarquía española. No importa que el valor de Holanda y de Bélgica, como elementos esenciales del equilibrio europeo, esté consagrado por los actos de la política inglesa en el siglo XIV, en el siglo XVI, en el siglo XVII, en el siglo XVIII, en el siglo XIX, defendiendo los Países Bajos desde Felipe II, Luis XIV, Napoleón I, hasta hoy, la libertad europea. No importa el papel de los pequeños Estados en la América latina, cuando su insurrección, al principio del siglo XVIII, atajando el vuelo a la Santa Alianza, tanto contribuyó para la desopresión de Europa. No importa que entre esos Estados haya países, como la República Argentina, Chile, el Brasil, de inmensos territorios, grandes poblaciones, riquezas maravillosas, alta cultura política y fastos que honran la historia de la especie humana.

Nada importa; porque sólo una consideración

se tendrá en cuenta: la de su inferioridad militar, la de su insuficiencia guerrera, la de su desventaja en una comparación de fuerzas con las grandes naciones armadas.

Para éstas no existe ninguna ley según la moderna moral bélica, a no ser la de que la fuerza prima al derecho, la de que el derecho es apenas un accesorio de la fuerza. Según los magnates del sistema, los pequeños Estados constituyen, para la tranquilidad de los grandes, un riesgo perpetuo, son entre las potencias el pomo de la discordia, dan causa frecuente a la guerra, y le deparan campo habitual en sus territorios mal defendidos.

“¿Cuándo fué” (la pregunta es de Geffken, que no sufre la sospecha de ser latino) “cuando fue que Holanda, Bélgica o Suiza fomentaron jamás la discordia entre los Estados vecinos?” Ciertamente nunca. Mas “La raison du plus fort est toujours la meilleure.”

La fábula de La Fontaine encierra en sí toda la evolución contemporánea del derecho de gentes culto. ¿Qué le vale al cordero estar bebiendo más abajo que el lobo en el arroyo, si a despecho de la evidencia, el apetito del carnívoro voraz le arguye que le enturbia las aguas?

*
* *

Treitschke, el maestro de Bernhardi, considera "una desgracia" que el derecho internacional tuviese por patria, durante tanto tiempo, países como Bélgica y Holanda. "Esos países, dice él, en continuo riesgo de ser atacados, tienen una concepción sentimental de esa materia, y por eso, su tendencia es apelar para ante el vencedor en nombre de la humanidad, como si tales apelaciones no fueran antinaturales e insensatas, por la contradicción en que se hallan con el poder del Estado".

*
* *

Todo el comercio humano, todas las relaciones de la sociedad, todos los derechos y deberes, la familia, la patria, la civilización, el Estado, toda la fábrica del mundo racional, bien sumadas las cuentas, no vienen a ser otra cosa sino una trapería de papel, inútil o valioso, conforme se trate de imponer a los flacos, o de servir a los fuertes.

Menos aún que el papel es la palabra, porque es un soplo; y, sin embargo, se imaginaba otrora que ella vincula a los reyes y los pue-

blós, a los hombres y los númenes. El verbo de Dios, antes de registrado en las Santas Escrituras, el juramento de la consagración de los soberanos, en la inauguración de las constituciones, en la investidura de las dignidades, en la deposición de los testigos, la tradición en la memoria de las gentes, la elocuencia en la voz de los tribunos, todo es palabra; la palabra cuyo fiat, en el génesis, creó el mundo, y cuya vibración, en la historia, transforma y revoluciona el universo.

Cuando la palabra se transfiere de la voz al papel, creía el vulgo ingenuo que ella subía un grado en la escala de la seguridad, no porque la consciencia valga más escrita que hablada, sino porque, hablada, no deja, como en la escritura, el rastro de su autenticidad. De ahí el valor del papel, que no comunica su destructibilidad a su contenido, antes recibe de lo que contiene su inviolabilidad. Esa es la nobleza del papel. En el papel se salvaron todos los monumentos de las letras antiguas. En el papel se perpetuaban los antiguos forarios de los municipios libres. En el papel se escribió La Magna Carta. En el papel fija la matemática sus cálculos, la química sus fórmulas, la geografía sus

posiciones, la astronomía sus medidas, En el papel fué donde Le Verrier descubrió a Neptuno. Al papel es a quien la amistad, el derecho, el honor, confían sus secretos, sus deudas, sus compromisos, Es en el papel donde la ciencia, la literatura, las instituciones eternizan sus obras primas, sus títulos de estabilidad, los archivos de su pasado, las garantías de su porvenir. Todo el universo moral, todo el universo político, todo el universo humano, asienta, hoy, en trapos de papel.

La imparcialidad no es la indiferencia. El que acepta revueltas todas las "opiniones", haciéndose el que las ve desde arriba con curiosidad desinteresada, como si todas tuvieran el mismo valor ante la conciencia individual y el mismo alcance ante la sociedad, ése NO AMA la verdad. El diletantismo es, por orgullo o pereza, la abdicación de la razón. Amar la verdad equivale a odiar el error. "El hombre, dice E. Hello, que mantiene igual la balanza entre toda clase de cosas, puede parecer como dominándolo todo, a los que no hechan de ver que la imparcialidad entre la verdad y el error es el más radical de los contrasentidos"

CARDENAL MERCIER

Trad. E. J. R.

La filosofía de Jaurés

En 1920.

No todos los amigos políticos de Jaurés han leído su tesis sobre *La Réalité du Monde Sensible*. Tampoco todos sus adversarios. Aunque dicha tesis haya tenido una segunda edición—lo que para una tesis constituye un verdadero éxito de librería—no fue esa obra la que hizo célebre su nombre. Pero es, en sí, una obra muy interesante, muy bella y siempre simpática. En ella se descubren, en cierto sentido, las razones de la popularidad de Jaurés; se ve ahí también que él no era esclavo de la opinión y que, en caso dado, tenía la energía necesaria para ir contra la corriente. La tendencia filosófica a la cual resiste, es la del subjetivismo, que, bajo varias formas y con varios tonos, tenía los favores de la moda; favores que, por otra parte, ha conservado a pesar suyo. Desde su primer capítulo, Jaurés se burla de esas almas en pena cuya pretendida necesidad de creer no es sino lasitud de la ciencia y asco del esfuerzo. Se suple el anhelo de buscar, con la inquietud: eso—

dice él—es más distinguido. Compara esas almas vacías que se inclinan sobre almas igualmente vacías, con “espejos sin objeto que se reflejan el uno en el otro”. Lo desconocido es para él “una casa cerrada en una calleja sombría” y un misterio de melodrama. Cree en la posibilidad de un conocimiento completo; admite que el mundo es plenamente inteligible, lo que no le impediría conservar la poesía, porque, “Dios mismo se admira de ser y hay en el fondo de cada cosa una admiración divina”. Sus poetas favoritos son Dante y Víctor Hugo, porque ellos tienen a la vez el temblor del misterio y el deslumbramiento de la claridad.

No vacila en separarse de Kant y de Bergson. No consiente en que el espacio sea sólo una categoría de nuestra sensibilidad: para él el espacio es una realidad objetiva. Combate vigorosamente a M. Bergson en su filosofía de la calidad. Para Jaurés existen cantidad y homogeneidad en las impresiones más fugitivas. La teoría bergsoniana de la originalidad inexpressible de la vida, tiene el dón de exasperarlo. Indica su parentesco con el egotismo barresiano y con cierta estética decadente. Los partidarios del “yo incommunicable” reducen el alma a es-

cucharse a sí misma en la soledad, como una fuente en el bosque; lógicamente la condenan al silencio. Es concebible que esta consecuencia le haya parecido intolerable. Muestra muy bien que en lo que ella tiene de legítimo, esta metafísica de la calidad pura es como un esfuerzo para volver a encontrar en la humanidad ficticia y convencional el frescor de la naturaleza primitiva; en lo cual continúa la tentativa de Juan Jacobo. Pero si el lenguaje generaliza forzosamente, los grandes poetas lo impregnan sin embargo de su personalidad, y encuentran el medio de ser a la vez universales e individuales. Ese es el secreto del gran Arte, declara Jaurés. Agreguemos que ese secreto reside íntegro en la distinción entre las palabras que son el elemento común, y el arreglo de esas palabras que comporta una diferenciación sin límites.

Jaurés quiere, pues, que el Arte se exteriorice sin vanos escrúpulos. La poesía doblada, intimista, susurrante, reservada a un pequeño círculo de iniciados, no es de su gusto. Nos recuerda las palabras de Michelet: "Si todos los seres, inclusive los más humildes, no entran a la ciudad, yo me quedaré fuera" Y exclama: "Qué día aquél en que la palabra humana, pa-

labra de justicia, de dulzura y de esperanza, pudiera en efecto tranquilizar, consolar, exaltar a todos los seres! Dejad entrar, pues, en el sueño de elocuencia del gran orador, así como en el sueño de fraternidad del gran pensador, al espacio y a la multitud".

*
* *

Su filosofía panteísta es una poesía filosófica, más bien que una filosofía propiamente dicha. Jaurés era, en un sentido, sumamente religioso. Era optimista en la doctrina como en la práctica. Ciertos pasajes de esta tesis en que habla de los "goces tranquilos y sanos" relacionados con la nutrición y en que explica que beber agua es "la acción más inocente y venerable del mundo", hacen pensar en Benardin de Saint-Pierre. Ese gran orador tenía, hasta cierto punto, una alma de niño. Su socialismo no le debía nada al odio ni a la envidia. Jaurés no es amargo ni vindicativo como Jules Vallés. En fin, es un republicano de 1848 que ha creído encontrar una panacea en la famosa socialización de la propiedad. El medio es quimérico, pero como lo ha mostrado muy bien M. Lévy-Bruhl, la inspiración general de Jaurés procedía menos del

marxismo que del viejo democratismo y humanitarismo francés. Jaurés mismo anunciaba en el prefacio de su *Histoire de la Révolution*, que él completaría a Marx con Michelet y con Plutarco.

En la Escuela Normal, como director, había probado su poca aptitud práctica y administrativa. Desde esa época no entendía nada en cuestiones de dinero. Toda su vida fue un lírico soñador, a quien su magnífica elocuencia había arrastrado y extraviado un poco en la acción.

CONSERVAD EL BUEN HUMOR

El mal humor en que nos ponen las cosas es prueba de la victoria alcanzada por ellas sobre nosotros; es la librea gris de los vencidos y de los presidiarios.

Ch. Wagner.

El simple catalogamiento de hechos no llega nunca a constituir una ciencia. En vano se multiplican los hechos y observaciones; por ello no aprende uno más. Para instruirse es necesario RAZONAR sobre lo que se ha observado.

Claudio Bernard.

Un gran espíritu no trata de ser nuevo y original, busca sobre todo la verdad.

E. Boutroux.

Algunas palabras de

LOUIS DE BROGLIE

(Premio Nobel)

A la luz de las teorías cuánticas, la mecánica y la física clásicas aparecen como si en principio no fueran rigurosamente exactas; mas su inexactitud está enteramente oculta, en las condiciones usuales, por los errores experimentales. Se encuentra por consiguiente ahí el proceso habitual seguido por el progreso científico: los principios bien fundados, las leyes bien verificadas *se conservan*, pero no pueden ser consideradas como valederas sino a título de aproximaciones para ciertas categorías de hechos.

Talvez, en presencia de esta validez respecto a los hechos de nuestra escala de la mecánica o de la física clásicas donde los *quanta* no intervienen, se sienta la tentación de decir: "En suma, los *quanta* no tienen toda la importancia que se les atribuye, ya que, en todo el inmenso dominio en el cual la mecánica y la física clásicas son valederas, dominio que alcanza en particular *el de las aplicaciones prácticas*, los *quanta* pueden ser completamente dejados de lado". Tal manera de ver no nos parece justificada. Primero, en el dominio tan vital, tan importante, tan pleno de posibilidades futuras, de la física atómica

y nuclear, los *quanta* desempeñan un papel esencial y es totalmente imposible interpretar los fenómenos sin hacerlos intervenir. Después, en la física microscópica, los *quanta*, aunque velados en razón de su pequeñez por la ineluctable imprecisión de las medidas, están, sin embargo, allí y su existencia entraña, *en principio*, todas las consecuencias que hemos enunciado.

Estas son palabras del Profesor Broglie. Me parece que no necesitan comentario. Hoy por hoy, la teoría de los *quanta* no tiene, pues, excepcional importancia para el físico que no considere como esenciales las divagaciones de la filosofía.

e. j. r.

—Qué dice Ud. del “descubrimiento del espíritu” por los nuevos físicos, los de la teoría de los “QUANTA”?

—Que un físico, así se llame Newton, Crookes o Plank, cuando se encuentra con “el espíritu” en su laboratorio, es señal cierta de que se ha salido del campo de la física. Verdad de Perogrullo.

“Buscad el Reino de Dios, que el resto se os dará por añadidura.” Yo traduzco: Resolved ante todo el problema moral, lo que es el SABER, lo que es la VERDAD, el DERECHO, la JUSTICIA; en una palabra, lo que es el HOMBRE, y lo otro—el problema económico, el problema de la organización social—se deducirá fácil y necesariamente.

V. Lafosse.

ANECDOTARIO

por Julio Vives Guerra

El sabio Ingeniero don José María Villa, de quien ya he hablado en esta misma sección, desde sus primeros años en la Universidad de Antioquia, fuera de mostrarse como magnífico estudiante, dio indicios de que, aunque de familia católica a machamartillo, sus ideas religiosas no andaban muy atemperadas a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia.

Daba la clase de religión en la Universidad el doctor José Cosme Zuleta, uno de los más ilustrados teólogos que ha tenido Colombia, y alguna vez la clase versó sobre la rebelión de los ángeles encabezada por Luzbel, conspiración con crisis ministerial.

El doctor Zuleta tenía palabra muy fluida y sus discípulos lo oían arrobados, menos José María Villa, que se entretenía irreverentemente en pintar caricaturas del teólogo y sus alumnos, pues era habilísimo dibujante.

Cuando más engolfado en su disertación se hallaba el doctor Zuleta fue llamado por el rector de la Universidad para algún asunto del plantel.

Apenas salió, Villa saltó al tablero y escribió con su mejor letra:

“Al doctor José Cosme Zuleta
que en la clase nos quiere hoy hacer
que traguemos entero, yo ahora
un problema le quiero poner:

Si Luzbel era un ángel tan sabio
que alto puesto logró merecer,
hubo acaso otro diablo más docto
que primero tentase a Luzbel?

Regresó a la clase el doctor Zuleta y se armó el natural jollín.

Una noche de calabozo para José María Villa, por hereje, y al salir éste al día siguiente del encierro, todos vieron escritas con carbón en la pared estas redondillas:

“Por un problemita yo
al encierro fui llevado;
aquí la noche he pasado
y Luzbel no me tentó.
Han hecho en esta ocasión
conmigo estos caballeros,
como en tiempos antañeros
hacia la Inquisición.
Si un hereje se enojaba
y algún problema ponía,
la Inquisición lo cogía
y en la plaza lo quemaba.
Y estas cosas de la fe
tenían por resultado
un pobre hereje quemado
y un problema siempre en pié”.

* * *

El doctor Teófilo Nabor Sarria era un popular abogado de Popayán, periodista liberal, poeta en sus ratos de vagar, escritor de nervio y hombre de chispa e ingenio.

Suyas son aquellas frases célebres con que saludó en “El

Cauca Liberal" al inspirado poeta Martínez Mutis, cuando éste visitó por primera vez la noble ciudad de Sebastián de Belalcázar:

"Ha llegado a la ciudad el laureado poeta Aurelio Martínez Mutis, autor de la Epopeya del Cóndor. Doce mil poetas lo saludan".

Cuando era estudiante en la Universidad del Cauca el doctor Sarria, daba en ese plantel la clase de derecho civil el doctor Carlos Albán que, como nadie lo ignora, fue un hombre superior, por su talento, por su ilustración, por su denuedo y por su patriotismo.

Es de saberse y anotarse que cuando el doctor Albán estaba muy joven, recién graduado, le tocó llevar un juicio ejecutivo, en el cual tenía la contraparte el doctor Hermógenes Cajiao también jurista muy erudito, y no es menos de saberse y anotarse que los citados jurisconsultos se odiaban a contrapelo; por consiguiente, puede asegurarse que ninguno de los dos anhelaba ganar el pleito, sino que cada uno de ellos quería que el otro lo perdiera.

Y copio aquí textualmente una parte de los datos que sobre esto me suministra el inteligente y erudito caballero don Gabriel Yalanda:

"En demanda, traslados, notificaciones, excepciones dilatorias y perentorias, tercerías coadyuvantes y excluyentes, reconsideraciones, apelaciones avalúos y mil y más recursos de que con tanta habilidad y desenfado echan mano los golillas de todas las épocas, por las influencias de una y otra parte, por las demoras de jueces y magistrados y por las encrucijadas y marañas que presentan nuestros procedimientos judiciales, el juicio ejecutivo logró demorarse como por veinticinco años".

Bueno, pues una ocasión daba el doctor Albán su clase y le preguntó a su discípulo Teófilo Nabor Sarria:

—¿Qué cosa es juicio ejecutivo?

A lo cual contestó el guasón interpelado, aludiendo al pleito que el profesor había dilatado indefinidamente en su juventud:

—Juicio ejecutivo es un juicio breve y sumario que a veces dura veinticinco años.

* * *

El doctor Carlos E. Restrepo estaba muy justamente reputado como el colombiano que contestaba de mejor manera los telegramas.

De ello hay centenares de pruebas, y no sólo de telegramas de contestación sino de partes espontáneos.

A un cura que le increpó telegráficamente el nombramiento del Dr. José Manuel Arango para ministro de guerra, sólo porque éste y el doctor Restrepo eran íntimos amigos, le contestó:

“Déjeme rodearme de mis amigos; rodéese usted de sus enemigos y le cedo los míos generosamente”.

Un gobernador le dirigió un parte así:

“Estoy loco con la oposición, pero no renuncio”.

Y él contestó estas solas palabras:

“Yo también, yo tampoco”.

La víspera de unas elecciones, cuando ya el Partido Republicano estaba casi desmenuzado, le dirigió don Martín E. Uribe un telegrama así:

“Los que van a morir, te saludan”.

Hé aquí la respuesta:

“Espero en la resurrección de los muertos”.

Cuando el doctor Restrepo subió al poder, le dirigió un telegrama así:

"Estoy ensayando caminado de ministro".

A lo cual me contestó lo siguiente:

"Sigue ensayando y ojalá no se te dañe el caminado".

Iba a abrirse en alguna ciudad no sé que exposición, y el gobernador del departamento le dirigió al doctor Restrepo nota tras nota para invitarlo.

Lo mismo hacían los principales personajes de la ciudad, y a todas esas invitaciones contestaba el doctor Restrepo cortésmente, pero negándose a ir, porque sus ponderosas tareas gubernamentales se lo impedían.

Ya llegaba la exposición, y uno de los caballeros que antes lo habían invitado le dirigió un telegrama tan suplicante, que el doctor Restrepo—amigo como era de complacer a todo el mundo—le contestó con este telegrama:

"Me es imposible ir, pero iré".

En cierta región, iba a inaugurarse un puente innecesario; una de esas obras que algunos congresistas de provincia consiguen, merced a la amistad de sus colegas, para beneficiar sus propias haciendas.

Lo innecesario del puente consistía en que se había construido sobre un arroyo, tan poco caudaloso, que podía ser atravesado saltando de piedra en piedra, como las zagalas de Garcilaso.

El congresista que para ese puente había adquirido auxilio nacional, le endilgó al doctor Restrepo un telegrama y otro telegrama y otro, con el fin de invitarlo a la inauguración.

El presidente le contestó excusándose, porque le repugnaba presenciar la inauguración de una obra innecesaria cuando por escasez de fondos se dejaba de hacer tantas carreteras.

Al fin, ya fastidiado, le contestó su último telegrama, en esta forma:

"Agradecidísimo por invitación. No puedo ir, pero le prometo mi asistencia cuando inauguren el río".